

LAS AGUAS QUE LA PROVINCIA de MADRID

manda A SU CAPITAL



MADRID cuenta para saciar su sed con el sistema hidrográfico natural —y el construido por el hombre— más importante entre muchas grandes capitales europeas y hasta mundiales. Londres, París, Berlín, Roma, Moscú, por citar algunas, no disfrutaban de aguas que tengan las cualidades organolépticas de insipidez, finura y aun dulzura, que nos brindan con las suyas el Lozoya y su émulo el modesto Manzanares.

Tres cuencas que desaguan en el río Tajo, con sus afluentes, forman su sistema arterial: el Jarama, el Guadarrama y el Alberche. Al primero vierten sus aguas el Lozoya, el Guadalix, el Henares, el Manzanares y el Tajuña. El Lozoya recibe a su vez las aguas del Riato, Canencia y Aguillón. Al Guadarrama vierten las del Aulencia, y al Alberche, las del Cofio y el Perales.

El Tajo, nacido en Casas de Fuente-García, en el partido de Albarracín (Teruel), sale de Guadalajara para entrar en Madrid por Estremera, bañando sus aguas Fuentidueña de Tajo, Villamanrique de Tajo y Aranjuez.

El río Jarama, nacido en la provincia de Guadalajara, en el Cerro Cebollero de la Sierra Carpetana, entra en Madrid a unos 600 metros aguas abajo del Pontón de la Oliva, en el término de Patones, donde se le une el Lozoya, bañando los términos de Torre-mocha, Torrelaguna, Talamanca, El Molar, San Agustín de Guadalix, Fuente el Saz, Paracuellos de Jarama, San Fernando de Henares, Velilla de San Antonio, San Martín de la Vega, Ciempozuelos y Aranjuez, en cuyas cercanías muere en el Tajo, siendo río de abundante pesca en sus 189 kilómetros. Sus afluentes quedan citados anteriormente.

El río Guadarrama, nacido en la misma provincia de Madrid, en los puertos de la Fuenfría y Navacerrada, baña los términos de Guadarrama, estación de Villalba, Torreledones, Villafranca del Castillo —aquí se le une el Aulencia, que procede de El Escorial—, Brunete, Villaviciosa de Odón, Navalcarnero y Barges, entrando en la provincia de Toledo por Carranque, para morir en el Tajo, en Alba Real de Tajo.

Su caudal, de 145 kilómetros, es abundante en invierno por la licuación de las nieves, agostándose en los estíos.

Por último, el Alberche es río oriundo de Avila, en cuya sierra de Gredos nace para entrar en Madrid por San Martín de Valdeiglesias, después Aldea del Fresno, donde se le une el Perales, baña la campiña de Villa del Prado y, penetrando en Toledo, desemboca en el Tajo por Talavera de la Reina, después de recorrer 175 kilómetros y recibir los afluentes anteriormente citados.

Hecha esta breve reseña, pasemos a la descripción de un gran número de detalles que con el título de este artículo se relacionan, y que serán muy conocidos para muchos habitantes de Madrid, pero que otro sector no menos numeroso ignorará.

En épocas anteriores a Felipe II, Madrid contaba con tal abundancia de aguas para sus necesidades, que no era menester buscarlas fuera de su perímetro. Dentro de su recinto aforaban las procedentes de sus varios manantiales, nacidas de sus numerosas venas líquidas que cruzaban su suelo, y cuando no se tenían cerca de las viviendas estos veneros, se abrían pozos que a escasa profundidad daban sus aguas potables y abundantes, no existiendo el problema de abastecimiento. Bien es verdad que, por aquellas épocas, los baños privados, los riegos de sus vías públicas y la limpieza de sus escretas íntimas y privadas se quedaba reducido al acostumbrado «¡Agua va!», grito y después vertido desde las ventanas a la vía pública, únicos riegos que con las lluvias solían recibir para aplacar el polvo o aumentar los lodazales, sorprendiendo a cual que otro distraído viandante con estas desagradables duchas.

Pero he aquí que nues-



tro segundo Felipe establece la Corte en Madrid, con lo que aumentó alarmantemente el censo de población y, con ello, sus necesidades hídricas.

Simultáneamente se llevaron a efecto desconcertantes talas en los bosques de los alrededores, con el doble objeto de las necesidades de madera para la construcción, y para dejar calveros de siembra, con lo que cambiaron las condiciones climatológicas, la humedad del suelo y el agotamiento de los manantiales próximos, teniendo necesidad de profundizar los pozos, instalar norias y hacer nuevos sondeos, empezando ya a fines del siglo XVI las «restricciones» famosas al padecer escaseces y sequías.

Felipe III hizo la provisión de aguas de Amanuel, que condujo primero por tubos de barro, y de plomo, después, hasta su Alcázar, seguido después por el Municipio para los habitantes de la urbe, construyéndose entonces los llamados «viajes», que todos hemos alguna vez oído citar. Estos consistían en galerías filtrantes de captación y conducción excavadas en el terreno, de 1,90 por 0,70 metros, las cuales iban convergiendo hasta el casco de la ciudad, donde se juntaban en una visible arqueta, de la que arrancaban las tuberías que las distribuían en las diferentes fuentes.

Como curiosidades históricas citaré algunas, como la de «Alcubilla», que fué la primera construída —¡1599!—, que nace en término de Fuencarral, frente a la finca «Los Tres Hermanos», al Poniente de la carretera de Francia, con 18 metros de profundidad, entrando en Madrid por Tetuán de las Victorias. Recibía 14 ramales afluentes, con una longitud de ¡26 kilómetros! y un aforo diario de setenta mil seiscientos litros, con los que se abastecían 16 fuentes públicas.

«Alto Abroñigal» —1614—. Nace en Canillas, al Norte de la carretera de Aragón, en el sitio llamado «Los Mochuelillos», a cuatro metros de profundidad, entrando en Madrid por la calle

del Pilar de Zaragoza, con seis afluentes, 15 kilómetros de longitud y trescientos cuarenta y seis litros de agua al día, alimentando seis fuentes.

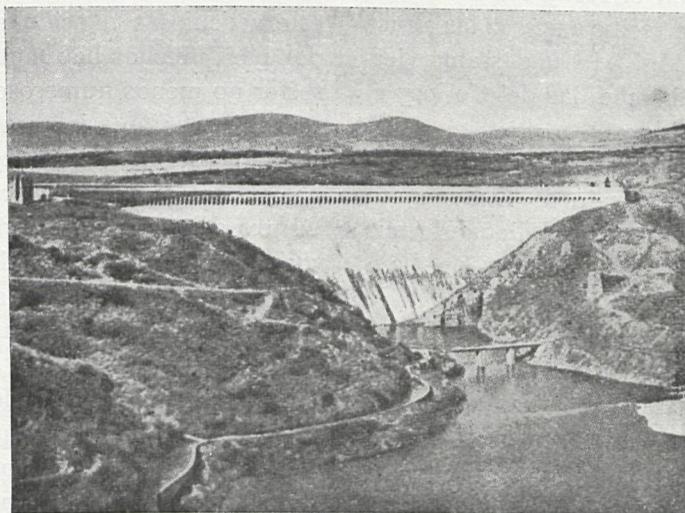
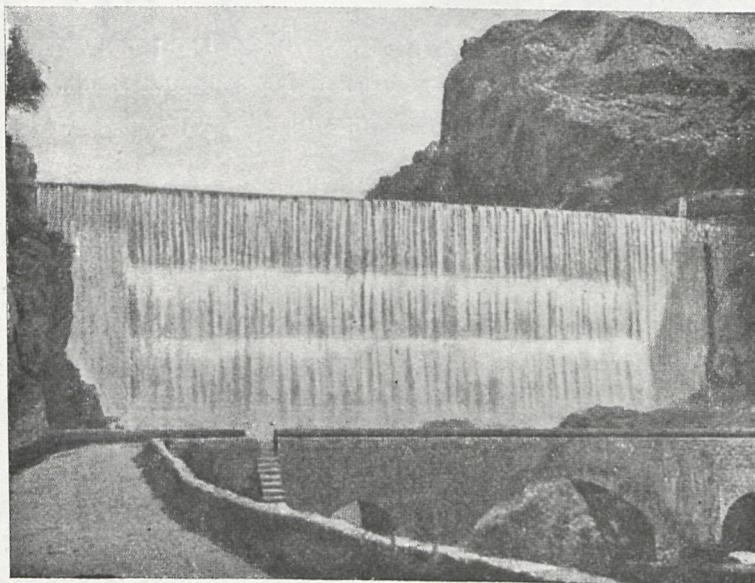
«Bajo Abroñigal» —1616—. Tiene su origen en la «Casilla de los Mochuelos», a tres metros de profundidad, y, atravesando el antiguo puente de las Ventas, entraba por la calle de Goya con nueve kilómetros de longitud, un millón trescientos cincuenta y cuatro

mil ochocientos litros diarios, abasteciendo 30 fuentes.

«Castellana» —1621—. Nace en Chamartín de la Rosa a 10 metros de profundidad, con 10 ramales, y por el antiguo Hotel del Negro, carretera de Maudes y Altos del Hipódromo, entraba intubado hasta Santa Bárbara, con 18 kilómetros de longitud, trescientos ochenta mil litros de agua y abastecía 11 fuentes.

Se llegaron a contar hasta 11 viajes, con un total de 3.600 metros cúbicos de agua diarios, hasta que a mediados del siglo XIX, a causa de hundimientos y filtraciones, sus caudales fueron disminuyendo hasta quedar en los 2.000 metros cúbicos distribuidos a domicilio por los históricos «aguadores», dedicados a este menester por un precio estipulado, y cuya actividad era regida por Ordenanzas municipales, ya que contaban con clientela fija, siendo asturianos y gallegos los que gozaron de mayor fama de laboriosidad, llegando a contar el gremio

con 950 afiliados al empezar a funcionar el Canal de Isabel II, con 36.000 cubas de 32 litros y medio, ganando un jornal de ¡2,75! pesetas diarias, y cotizándose el metro cúbico a 2,32 pesetas, aunque en tiempos de «restricción» llegaron a pagar 31 pesetas el metro cúbico, vendiéndose las plazas de estos modestos *funcionarios* hasta en ¡1.500! pesetas en aquella época de mayor valorización monetaria, no obstante lo fatigoso del oficio, ya que en aquella época no se conocían los montacargas ni ascensores. También actuaban como bomberos, y cuando en



Fotos

Presas del Pontón de la Oliva.

Presas de «Puentes Viejas». —Paramento agua, abajo.

los días de lluvias torrenciales las calles se convertían en lagunas, remangándose hasta las rodillas ayudaban a las gentes a cruzar de una a otra acera a horcadas, en brazos o a saltos por las pasarelas dispuestas al efecto.

Por aquella época tuvieron fama algunas fuentes, tales como las llamadas Santas (la de San Isidro), la de Santa Polonia y la de Santo Domingo, que decían tener propiedades curativas.

La primera que se instaló a partir de 1618 en época de Felipe IV fué la de la Puerta del Sol. Después vinieron las fuentes Castellana, Arroyo Vinagral—después Abroñigal— y las del Prado de San Jerónimo, que fueron 23. Pero a fama, pocas le ganaron a la del Berro, que hasta en sainetes y coplas fué cantada.

Se surtía de uno de los ramales del Abroñigal, y se encontraba hasta ahora en la llamada Quinta de Miraflores, al final de la calle de su nombre, muy cercana, por lo tanto, al término de la calle de Jorge Juan.

Al donar Felipe IV la posesión de Miraflores a los monjes de Montserrat, se reservó la fuente por la fama que tenían sus aguas, canalizándolas hasta el nuevo palacio del Buen Retiro. Su hermano, el Cardenal Infante, se hacía llevar el agua embotellada hasta Flandes, donde residía. Carlos III no usaba otro agua que la transportada a la plaza de Oriente a lomos de burro, llevándosela hasta en las jornadas de la Corte en El Pardo, La Granja, Aranjuez y El Escorial, y hasta la inauguración del Canal de Isabel II había en Palacio seis... asnos con mantas blancas y anagramas reales, destinados exclusivamente a este transporte, que llevaban hasta 146 metros cúbicos diarios. Esta fuente ha sido muy recientemente clausurada por haberse comprobado su contaminación bacteriana.

Y llegó, por fin, el Decreto definitivo del 18 de junio de 1851, refrendado por don Juan Bravo Murillo, presidente a la sazón del

Consejo de Ministros, para que se diera principio a la ejecución de los trabajos de un canal derivado del río Lozoya, y que se denominaría «Canal de Isabel II» en honor de la reina gobernadora, colocándose la primera piedra de las obras en la presa de captación denominada del «Pontón de la Oliva», el día 11 de agosto de 1851, por el rey consorte don Francisco de Asís, durando aquellas obras

siete años, viéndose muy pronto que las calizas donde se ubicó dicha presa resultaron muy permeables, por cuyas grandes filtraciones hubieron de hacerse grandes y costosas obras de saneamiento, trabajando día y noche 2.000 presidiarios que ganaban un jornal de dos reales diarios, y 200 obreros libres, que terminaron una presa de 72 metros de larga, 5 metros de cimiento bajo el lecho

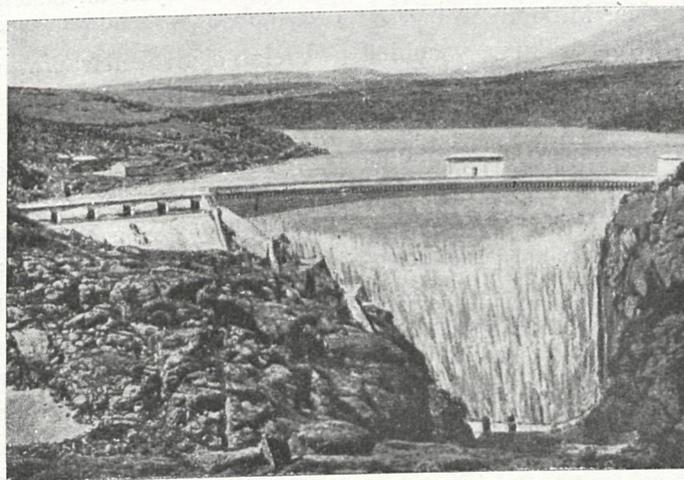
del río, 51 metros de anchura en la base y 6,60 en la coronación, con 27 metros de altura, ubicando tres millones de metros cúbicos, cantidad exigua, sin contar pérdidas que hicieron inútil la obra, contrariada-

des que no declinaron los ánimos del Gobierno ni sus artífices, pues se construyeron otras presas aguas arriba del río.

De todas formas, en 1858, llegaron las aguas, pese a estos inconvenientes, al denominado «Campo de Guardias», donde hoy radican las oficinas de la Empresa.

El canal de derivación de esta presa, conocido con el nombre de «Antiguo», de 77 kilómetros de longitud, todo cubierto, conducía 81.125 metros cúbicos diarios a Madrid, atravesando terrenos accidentados, con túneles, sifones, acueductos y puentes que en nuestras excursiones domingueras vemos a uno y otro lado de las carreteras que van hacia el partido de Torrelaguna. A su llegada a la gran ciudad, abastecían el «Primer Depósito», que, como los demás, a todos nos suena en el oído, formándose antes los llamados «Canalillos», para regar huertas de los alrededores de Madrid.

Estas obras costaron 52.903.397 pesetas, y Madrid, que



Fotos

Canal antiguo.—Almenara de «Canto Blanco». (Fotografía de la época.)
Presa de «El Villar».—Paramento agua, abajo.

en 1848 era apenas un «lugarón» manchego de escaso perímetro y población no muy recomendable desde el punto de vista sanitario, con tifoideas endémicas y epidemias para todos los gustos, vió subir su estadística de ciudadanos desde 200.000 a 270.000, con la traída de aquellas aguas, obra por la que a Bravo Murillo, algunos sabios de «vía estrecha» de la época, calificaron de simple quimera, llegando muchas gentes, al principio, a no beber estas ricas aguas, a las que declararon el boicot, continuando haciendo uso de los decadentes aguadores que les surtían del agua llamada «gorda».

Desde 1907 el Canal de Isabel II funciona como Empresa industrial, regida por un Consejo de Administración, a cuyo frente existe un delegado del Gobierno.

En la segunda etapa constructiva se hizo el Segundo Depósito, entre las calles de Santa Engracia—hoy García Morato— y Bravo Murillo, de 183.000 metros cúbicos.

Aguas arriba del Pontón de la Oliva se construyó en 1865 la Presa de Navarejos, de cinco metros de altura, y abandonada después por recoger muchas aguas turbias. A continuación, a dos kilómetros más arriba, se construyó la Presa de la Parra, que deriva hacia el Canal el agua del río, para prescindir del embalse siempre que se le quiera eliminar.

Veintidós kilómetros aguas arriba de Navarejos se encuentra la Presa del Villar, 50 metros más abajo de un puente que llevaba ese nombre. Está construída en una estrecha y profunda garganta socavada en durísimo gneis, que ofrece todas las garantías de seguridad e impermeabilidad necesarias. Mide 40,40 metros de anchura en la base, 135 metros de larga y cubica 21.000.000 de metros cúbicos, con un embalse de 10 kilómetros de longitud, siendo obra curiosa y acabada de ingeniería, sobre todo la torre central de compuertas, con una escalera de caracol en piedra que termina en el fondo del embalse, llegando el agua cuando está llena—casi siempre— a los primeros peldaños superiores. Fué terminada en 1882.

En este segundo período se gastaron 18.000.000 de pesetas, llegando la población de Madrid a los 600.000 habitantes

En la tercera etapa se construyó la Central Eléctrica de Torrelaguna, se terminaron el Canal Transversal y la Central Elevadora—1917-18—. El Canal Nuevo—1919-1922—, reconstrucción del tercer Depósito, cuya cubierta, de 70.000 metros cuadrados, se dilató por exceso del calor reinante por la época, ocasionando su hundimiento numerosas víctimas de los que allí trabajaban—6 abril 1905—. El Canal Transversal—1912—, de 24 kilómetros desde El Villar al Depósito Superior del Salto de Torrelaguna, y desde el Depósito Inferior del mismo hasta el Canal Antiguo—Almenara de Empalme—, que conduce 8 metros cúbicos por segundo.

La tubería de la Central de Torrelaguna, de 1.557 metros, con un desnivel de 15 metros, produce 9.000 HP en tres grupos de rueda Pelton y alternador de 3.000 HP cada una. Dos depósitos regulado-

res, de 7.000 metros cúbicos el superior y 70.000 el inferior, producen 5.000 voltios, que elevados a 45.000 son conducidos a Madrid en una línea de 50 kilómetros.

En 1913 se empezaron los trabajos de la Presa de Puentes Viejas, ubicada en la cola del embalse del Villar, con un largo de 10.350 metros. Tiene 44 metros de altura, 55 de base, 5 de coronación y 21.000.000 de metros cúbicos, terminada en 1940.

En 1928 se inician las obras del Nuevo Canal o Canal Alto, que entró provisionalmente en servicio en 1936, y en definitiva, en 1940. Su descripción se hace después.

No describo los varios depósitos elevadores, conservadores, etc., por ser ya objetos de la capital y por no prolongar en demasía este artículo. Hoy día está en vías de terminación la última presa denominada de «Ríosequillo», aguas arriba de las anteriores, a la izquierda de Buitrago, para regularizar un caudal de 4,7 metros cúbicos por segundo.

Iniciados los trabajos en 1946, la planta de presa es recta, de perfil de gravedad, teniendo una longitud de 1.060 metros!, con 52,30 de anchura en su base, cinco de coronación y embalsará 50.000.000 de metros cúbicos.

Y he aquí un dato muy curioso, que muchas gentes se habrán preguntado en su fuero interno: ¿por qué razón no llegan a Madrid las aguas del Lozoya turbias, aunque persistan temporales que las hagan revueltas y barrosas? Pues la cosa es sencilla, después de aclarada. Los embalses de Puentes Viejas y El Villar constituyen un sistema combinado especial; si el agua aportada por el río es clara, pasa por Puentes Viejas a El Villar por un *canal de aguas claras*; si es ligeramente turbia, se deposita y aclara en Puentes Viejas antes de pasar a El Villar; si es muy turbia, no se aprovecha, y se desvía desde Puentes Viejas, por un *canal de aguas turbias*, para verterla al río más abajo de la Presa de El Villar. En este manejo interviene la presa auxiliar del «Tenebroso», situada entre los dos grandes embalses, y que se deriva desde Puentes Viejas.

El Villar embalsa, pues, aguas claras, las cuales tampoco han de enturbiarse con las aguas que puedan enviar sus laderas, que son recogidas por dos canales laterales que las conducen aguas abajo de la presa para ser vertidas al río.

Este sistema de eficiente depuración y sedimentación es poco común en las grandes urbes, teniendo el mérito de que la técnica ingenieril española se adelantó en bastantes años a las preconizadas luego en Europa y América, quedando así aclaradas las dudas sobre la eterna claridad y transparencia de nuestro sistema hidráulico de abastecimiento.

Desde El Villar parte el Nuevo Canal, que hasta los Depósitos de Madrid mide 91 kilómetros. Tiene tres secciones; el primero, llamado Transversal, parte del embalse de El Villar hasta el Sur de Torrelaguna, con una longitud de 24 kilómetros de acueducto cubierto, por el que circulan 711.200 metros cúbicos diarios.

En Torrelaguna existe un embalse para destruir

gérmenes patógenos de las aguas, dirigido por facultativos especializados. De estos depósitos parte el segundo trozo del Nuevo Canal para terminar en el Cuarto Depósito, con 55 kilómetros de recorrido.

Los gastos de esta Empresa, en sus diferentes construcciones, ascendían en 1950 a 300.000.000 de pesetas, cantidad de las mejor empleadas, si juzgamos su máxima utilidad, apreciable únicamente si nos faltase este líquido tesoro una sola semana, y que al ser carente por completo, tendría que ser abandonado Madrid y trasladado a lugar de aguas abundantes y aseguradas.

Todas estas grandes y magníficas instalaciones pueden ser visitadas por el curioso lector solicitando el correspondiente permiso en las oficinas del Canal, que autoriza el acceso a las mismas por las carreteras particulares de servicio de la Empresa, ya que a pie pueden recorrerse, pues alguna de ellas, como la de El Villar, es de servicio público —pero sólo a caballo o andándola—, por comunicar varios pueblos del contorno.

Empezando por la aún no terminada de Ríosequillo, su itinerario detallado es el siguiente: Saliendo por la carretera de Irún, llégase al kilómetro 74, o sea uno antes de llegar a Buitrago, y se verá a mano izquierda un camino vecinal viable para coches de todos tamaños, que a los 500 metros nos deja en la misma presa. Al no llevar permiso, puede dejarse el coche en la carretera general, y andando ese medio kilómetro veremos en seguida las obras.

Vueltos a la carretera general, sígase hacia Buitrago unos 500 metros, donde se verá a la derecha un camino forestal que hay que seguir —en coche—, y después de un recorrido entre pinos de dos kilómetros, se llega a una primera bifurcación; continúese por la izquierda otros 5 kilómetros, donde se verá una segunda bifurcación, continuándose también por la izquierda, la cual a un kilómetro llega a la Presa de Puentes Viejas, cuya cola de embalse lame las casas más bajas de Buitrago.

Visitado este embalse, puede hacerse lo mismo con el de El Tenebroso, pero su acceso, no muy largo, es preciso hacerlo a pie por carecer de carretera. Un sendero sale de Puentes Viejas, bordeando la margen derecha del Lozoya, aunque algo interiormente del lecho del río, siendo necesario volver por los mismos pasos a la presa anterior. No es demasiado curioso y puede prescindirse de su visita.

Saliendo de Puentes Viejas se continúa por el camino que trajimos antes, encontrándonos a la derecha un ramal que se dejará, para llegar a otro, también a la derecha, que conduce a Cincovillas, y que se pasará de largo, siguiendo siempre el de la izquierda, que ya un cartel indica «A Mangirón». Llegados al pueblo, que cruzaremos, continúense cinco kilómetros y llegaremos a la Presa del Villar, gran vaso de claras aguas y verdes laderas cuajadas de pinos, situada en las proximidades de un pintoresco cañón del río Lozoya, y al que atraviesa un bello acueducto que nos trae por el canal que le cruza el agua que consumimos

en la capital, y que es bien visible desde la presa, obra de singular belleza y buena ejecución.

Después es necesario regresar otra vez a Mangirón, y a la salida del poblado por el Norte torceremos a la izquierda por el camino de Cincovillas, que anteriormente dejamos al margen, que con un recorrido de nueve kilómetros nos dejará en Lozoyuela, en la carretera general de Francia.

También podría hacerse el regreso por el camino particular de la Empresa, que, sin volver a Mangirón, continúa desde El Villar hasta El Berrueco, ganándose así algún terreno, pero es muy frecuente que la barrera que tiene este camino allí próximo esté cerrada con candado, sobre todo en días festivos.

Para visitar el Pontón de la Oliva es preciso desplazarse a Torrelaguna y, por la carretera de Torremocha, seguir hasta el mismo Pontón, que allí se ve, sin necesitar permiso alguno. También en Torrelaguna se podrán visitar el salto de agua, con sus dos depósitos reguladores, y los grupos generadores, lo mismo que las dos estaciones de cloración, una aquí y otra próxima al pueblo de Redueña.

El segundo sistema de aguas que abastece Madrid lo forma el río Manzanares y su cuenca de afluentes, con el embalse de Santillana en Manzanares el Real, instalación posterior a la del Canal de Isabel II, ya que sus aguas llegaron a Madrid canalizadas el año 1908, surtiéndose de las mismas la por entonces llamada «Zona Alta», o sea desde el centro hacia el Norte y hacia el Este y Oeste.

El modesto Manzanares, o río de las arenas —Uader-Rmel de los árabes—, por ser más rico de sus abundantes areneros (1) que de sus escasas aguas, nace en el hueco y ventisquero de las Guarramillas, muy cerca, pero en la parte opuesta del Lozoya, a unos 10 kilómetros al Noroeste del pueblo de su nombre, y cerca del Puerto de Navacerrada.

Toma la dirección Sureste, uniéndosele el río Navacerrada a la entrada de Manzanares el Real, para entrar juntos en el embalse y presa de Santillana, de donde sale en parte libre y en parte canalizado, recorriendo los términos de Colmenar Viejo, El Pardo, Madrid, Villaverde, Perales del Río y Getafe, para desembocar en el Jarama muy cerca de Vaciamadrid, después de 80 kilómetros de recorrido.

Después de pasar el Cerro de Cabeza Illescas, con sus escarpadas orillas, sobre todo la derecha, verdadera y abrupta muralla ciclópea de profusa vegetación, entra en las arenas de El Pardo, en donde gran parte de sus aguas parecen ser absorbidas o filtradas, mermandole algo su caudal. Hasta este pueblo el río es claro y potable, pero según se va acercando a Madrid se van impurificando sus aguas, llegándose a hacer completamente negras y hediondas en su desembocadura —cloaca de la gran urbe—, donde contrastan el color claro de las arenas del Jarama con el oscuro de las del Manzanares.

(1) Tal vez el antiguo paseo de Areneros —hoy Bulevares— tomara el nombre de los portadores de estas arenas, puesto que llevaba la dirección del río Manzanares.

Y ya que tratamos del Manzanares, río por antonomasia de la Villa del Oso y el Madroño, y que tan alabado ha sido por unos como vilipendiado por otros, río profundamente... goyesco, puesto que en sus riberas tenían lugar desde la tradicional verbena del Patrono de Madrid hasta las jiras que con sus meriendas y bailes eternizó el pintor aragonés en sus famosos lienzos y cartones, justo es que diga algo «de lo que de él se ha dicho» a través de las centurias.

En muchas zarzuelas, sainetes y revistas le vemos llevado a la escena como uno de los típicos lugares donde se desarrolla alguno de los cuadros de la obra; pero han sido más los que le han satirizado y vilipendiado en mordaces epigramas y composiciones métricas, abusando de su humildad.

La escasez de sus aguas ha contrastado siempre con las grandezas cortesanas, a cuyo lado discurría, y con la fabulosa fábrica del puente de Segovia, uno de los primeros que cruzó su cauce, levantado por Herrera con el «importante motivo de peinar su imaginaria corriente».

Alguien sugirió, cuando este puente se construyó, que se aconsejaría la venta del mismo para comprar agua con su producto. Otros solían decir: «Este puente espera al río como los judíos al Mesías».

Don Cleofás, en el *Diablo Cojuelo*, dice que es el río de más caudal, pues lleva más hombres, mujeres y coches que pescados los dos mares.

Las sátiras contra el río, nacionales y extranjeras, podrían formar curiosa y monumental antología. Como había menos aguas que arenas, se le utilizaba como lugar de paseo de peatones, caballos y carrozas, lo mismo que en el Prado. Así, el conde Rhebinger, embajador de Alemania, decía que gozaba de la rarísima prerrogativa sobre los demás ríos, de la de ser navegable a caballo y en coche, por lo menos en cinco o seis leguas.

Brunel, ingeniero naval inglés, decía que su nombre era más largo que la anchura de su cauce, y el poeta y conde italiano Fulvio Testi, que visitó Madrid en época de Felipe IV, decía que el Manzanares era pobre en aguas, pero riquísimo de mujeres, pues en la estación más calurosa van allí a lavarse en sus exiguas charcas «casi» todas las lindas madrileñas, que triscando después por sus orillas, atraen la atención de muchos curiosos del otro sexo, ávidos de contemplar sus nacaradas carnes. Muchas muchachas abundaban en las noches veraniegas donde la oscuridad les era tan favorable, que su rostro, que podría enrojecer por la desnudez de la parte de su cuerpo menos reconocida, el más mudo y menos escandaloso de todos los sentidos, que es el del tacto, desempeñaba el principal papel con una libertad tan grande y tan segura, que a menudo se chocaba el caballero con la dama, sin que al día siguiente se reconocieran en cualquier fortuito encuentro; tal es el desenfado femenino en las riberas del río y de su historial galante, como ya dijo nuestro Quevedo:

En verano y en estío,
las viejas en cueros muertos,
las mozas en cueros vivos.

Sus andrajosas aguas son consecuencia del desmedro de su corriente, nublando lo claro y puro de su origen, de su manantial cristalino, de los canchos donde impetuoso bravea al pie de blancos neveros y del fragante enebro donde se alumbran sus aguas.

Noble origen, pero trágico destino; ya su poco caudalosas aguas son absorbidas en las arenas de El Pardo, llegando a Madrid apenas con la categoría de arroyo...

¡Manzanares, Manzanares,
arroyo aprendiz de río,
que trae más agua en un jarro
cualquier cuartillo de vino!
Quevedo.

Bebióte ayer un asno
y hoy te ha meado.
Góngora.

Tirso de Molina, en sus *Cigarrales de Toledo*, también se ensaña con el desmedrado:

No os corráis, el Manzanares,
mas ¿cómo podéis correrros,
si llegáis tan despeado
y de gota andáis enfermo?

Según arenas creáis,
y estáis ya caduco y viejo,
moriréis de mal de piedra
como no os remedie el cielo.

Título de venerable
merecéis, aunque pequeño,
pues no es bien viéndonos tan calvo
que os perdamos el respeto.

Como Alcalá y Salamanca,
tenéis, y no sois colegio,
vacaciones en verano
y «curso» sólo en invierno.

Cuéntase que Fernando VII solía regar su cauce en los veranos para refrescar el ambiente y hacer ameno su paseo. Y después de todas estas muestras de la pícara maledicencia a nuestro bueno o mal río, que al fin de cuentas es hijo de Madrid, terminaré con los beneficios que en mayor o menor escala reporta a la gran ciudad.

En lo tocante a sus arenas, resulta el mejor colaborador de la construcción urbana, y respecto a sus aguas, además de servir de abastecimiento y riego, es un regular manantial de kilowatios.

Unido al arroyo Chozas o de la Parra, alimenta el embalse de Santillana, cuyo muro de 800 metros de longitud, 28 de altura, 25 de espesor en la base y cuatro en la coronación, contienen 45.000.000 de metros cúbicos de sus aguas.

En la intersección de los arcos de su planta se eleva el primer cuerpo de un torreón, y una artística cestería almenada se extiende en toda su longitud, donde se repite el motivo estalactítico que ofrece la cornisa del castillo de Manzanares el Real, prestándole aspecto de fortaleza militar.

En uno de los extremos hay un vertedero de 65 metros, en cuyo final existe un aliviador inferior formado por una serie de compuertas. Cuando las aguas alcanzan su máxima altura, el perímetro de este lago artificial llega a los 22 kilómetros.